

BIBLIOGRAFIA

JULIEN VINSON. — **Le FOLK-LORE DU PAYS BASQUE. Les Littératures populaires de toutes les nations, t. XV. G.P. Maisonneuve & Larore, Editeurs, Paris, 1967.** Se trata de una reimpresión exacta de la obra publicada en 1883.

Después de una extensa introducción, donde hace breve historia de las recopilaciones de literatura popular en el país, distribuye sus trabajos en seis capítulos generales. Seis géneros literarios, cuidadosamente ordenados, subdivididos en diversas materias o temas. Para formar una idea cabal de su contenido, nada mejor que la descripción del índice general de materias.

A su larga introducción le siguen los capítulos de la manera siguiente: Primero, cuentos y relatos, de leyendas y supersticiones, de cuentos maravillosos, y de relatos necios e ingenuos; segundo capítulo, canciones de política, de amor, satíricas y humorísticas, y canciones cuneras, todas acompañadas de la música correspondiente; tercero, fórmulas de eliminación, rondas, cantinelas, y dichos; cuarto, acertijos; quinto, proverbios generales, dichos relativos a las localidades, a los meses, a las estaciones, al tiempo; y sexto, pastorales, teatro popular suletino. Al texto original en euskara, acompañan la traducción al francés, más observaciones, comentarios y otras notas complementarias en esta lengua.

En realidad, no es una obra muy extensa; es más bien un muestrario o una breve selección fundamentalmente básico para el conocimiento de la cultura literaria tradicional del pueblo vasco.

Vinson, a lo largo de su obra nos hace ver sus profundos conocimientos de la literatura popular, y de la historia de los que le precedieron en dicha tarea de compendiar, y hasta la dedicatoria misma va destinada a W. Webster que le precedió con trabajos folklóricos del país vasco.

En todo momento, Julien Vinson, da muestras de poseer un profundo conocimiento de la lengua hablada, sin cuyo dominio difícilmente hubiera podido abordar el tema con tanto éxito. Un libro, aun hoy, además de los trabajos de Azkue, Barandiarán y otros, sigue siendo indispensable para el conocimiento de la literatura popular vasca.

J. S. M.

LEON Y LA TRAGEDIA DE D. PEDRO BALANZATEGUI ALTUNA. — **José Eguiagaray Pallarés. León. Imprenta Provincial, 1969.**

Don Pedro Balanzategui Altuna, militar guipuzcoano afincado por azar en León, ejemplar alcalde de esta ciudad y víctima de las luchas políticas de su tiempo, nació en Zarauz el 31 de enero de 1816. Sus abuelos, por línea paterna, Francisco de Balanzategui y Magdalena de Jaureguiberria eran naturales de Mondragón, y por línea materna, Antonio Tomás de Altuna y Bárbara de Echave, natu-

rales y parroquianos de Zarauz. Fue su padre don Vicente de Balanzategui, de Mondragón y doña María Josefa de Altuna, zarauzitarra, su madre.

El libro del que doy sucinta cuenta contiene la biografía de este militar isabelino al principio de su carrera, que siendo capitán contrajo matrimonio en León el año 1845. Balanzategui, Señor de Villátima, fue nombrado alcalde de León por Isabel II en 1857, cargo que ejerció ejemplarmente en dos ocasiones.

El coronel Balanzategui se subleva por los carlistas al año siguiente de la Gloriosa, la revolución de Setiembre de 1868, hecho prisionero y fusilado en el pueblo de Valcovero por la Guardia Civil sin formación de causa en cumplimiento de órdenes del general Prim, al amanecer del día 6 de agosto de 1869, después de haber escrito una admirable carta a su esposa doña Eusebia Escobar Acereda de la que tuvo un hijo que nació en Lesaca (Navarra).

Victoriano Cremer escribe el prólogo de la biografía de este zarauzitarra que, a juicio del poeta leonés, «era un caballero carlista, con cuyas opiniones es posible que continuemos batiéndonos enconada aunque noblemente, pero que, en definitiva —que es lo que vale— hizo de su vida y de su muerte un motivo de ejemplaridad».

J. A.

LUIS PEDRO PEÑA SANTIAGO. — **Guipúzcoa, el último camino.** Editorial La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1970.

Como reza su título, es la tercera y última parte de **Guipúzcoa olvidada**, que forma una trilogía cuya segunda parte constituyó la obra **Guipúzcoa paso a paso**. Ambos libros fueron reseñados en el presente BOLETIN, cuadernos 3.º y 4.º del año XXIV (1968), páginas 480/481, y cuaderno 4.º del año XXIV (1970), página 523.

Por tanto, una obra similar a las anteriores, con relatos de igual corte describe otros tantos lugares de la provincia, la mayoría poco conocidos. En esta, lo que sí se observa, es un contraste mayor entre los lugares referidos y sobre todo abundan más rincones abandonados o arruinados que los olvidados. Todo lo dicho en la primera de las reseñas, sobre la obra **Guipúzcoa olvidada**, vale en sus términos generales para la presente obra.

En las tres obras, los relatos más interesantes o más sugestivos me han parecido los de aquellos lugares poco o nada conocidos para mí, por las sorpresas que me han deparado. Por esto precisamente, no me extraña el éxito que han supuesto estas ediciones si hemos de juzgar a tenor de las sorpresas inesperadas que nos han producido a los que creíamos conocer bien nuestra geografía.

Se describen 37 lugares y lleva un apéndice de 46 fotografías.

Cuando en Azitain hace referencia a un trabajo mío sobre «Gaztañerre eguna» en Eibar, la consideración solsticial debe comprenderse como las fiestas grandes del año, de dos ciclos, Natividad-Año Viejo y San Juan, fundamentados en la primitiva vida pastoril y las creencias heredadas de la época Neolítica, y que, como parangón, la vida agrícola con sus períodos de escasez y abundancia de cosechas condicionó la vida a nuevos ciclos importantes en la vida del hombre que ocasionarían las fiestas de primavera y de otoño, de modo que las grandes festividades se dividieron a las cuatro estaciones del año y que «Gaztañerre» representa, con el día de todos los Santos, el ciclo de otoño.

El autor no ha tenido por objeto la erudición, como tampoco yo pretendo

en la presente reseña. No obstante, quiero relatar cuantas ideas y recuerdos me han deparado la lectura de este libro, a la vez de mostrar el interés despertado queden constatados como información suplementaria.

Respecto a la colina de San Martín de Azcoitia, se sabe que los Balda, protegidos por el rey Alfonso XI, fundaron en ella una población. Ved **Oñacinos y Gamboínos** de Ignacio Arocena, en la página 29.

El capítulo Erdoizta y Etumeta merecía una cita al Basa-jaun de Etumeta. Probablemente debido a la fantástica imaginación de Juan Venancio de Araquistain, que refiere en Los Cántabros, página 191 de sus **Tradiciones Vasco-Cántabras** (Tolosa, 1866), y que seguramente le inspiró a Isaac López-Mendizábal aquel cuento **Etumeta'ko Basajauna**, que vio la luz en la revista «Gernika», n.º 24 (1953).

Una de las descripciones más sugestivas es la de Ernio. No en vano, el autor, con perseverancia de años ha seguido la investigación de la romería de San Juan-txiki y todo lo concerniente en torno al monte Ernio. Aunque muchos tenemos noticias de estas romerías a la cumbre que ocupa el centro geográfico de la provincia de Guipúzcoa, ninguno nos dedicamos con tanto empeño a desentrañar sus secretos. La tenacidad del autor nos muestran sus diversos trabajos sobre este tema: constituía su ponencia al IV Symposium de Prehistoria Peninsular (Pamplona, 1966), y el mismo año presentó un trabajo de divulgación en la revista montañera Pyrenaica (n.º 2, 1966), aparte de sus artículos anteriores en El Diario Vasco; y siempre aportando alguna nueva particularidad a descubrimiento. Hoy, otros podrán versar sobre el tema, pero a Luis Pedro Peña le asiste una prioridad en torno a la romería de Ernio. Que en cierto modo yo haría extensible a esas otras descripciones narrativas de lugares húmedos de la provincia, relatos que han caracterizado al autor.

Pero estará bien recordar y constatar un dato arqueológico que sigue pasando inapercibidamente a los visitantes a la venta de Iturrioz. El muro occidental de la venta, según se puede observar desde el itinerario del establo, tiene una puerta ojival tapiada, como reminiscencias góticas del edificio. Además, hasta hace pocos años conservó también una chimenea central de campana, de tipo pirenaico. Chimenea de este tipo hubo también en Etumeta hasta hace muy pocos años, y aún hoy existe en el caserío Isasi de Marin, en el valle de Léniz. (Me consta que Luis Pedro Peña, en sus correrías, ha llegado personalmente al citado caserío Isasi atraído por la singular chimenea). Una pieza rara en Guipúzcoa, y que nos delata una peculiaridad del caserío primitivo.

Un dato complementario que nos muestra la importancia de la romería de Ernio en la antigüedad, encontraremos en la obra **Eracusaldiac** de Juan Bautista Aguirre de Asteasu (1742-1823), obra que no vio la luz hasta 1850. En el tomo II, páginas 37 y 335, le sitúa a la romería de Ernio en el mismo rango de importancia que a las de Lezo y Aránzazu, que las consideraba como las más importantes de la provincia. Pero, dice ser para la perdición de muchas personas que acuden a la romería con malas compañías. Y en el tomo III, página 552, vuelve a mencionar la romería de Ernio junto con las de Lezo y Aránzazu, pero esta vez asociándolas con el Carnaval de Tolosa, en cuanto a malignidad se refiere, como centros de perdición por las numerosas personas que acudían con fines de orden nada religioso.

En las páginas correspondientes a Mendaro, concretamente en la 184, dice haber oído que antaño era Zenarruza el cementerio de Mendaro. Tiene algún

fundamento, pues Cenarruza era la parroquia matriz de la parcialidad oñacina, y la próxima casa-solar de Sasiola era partidaria de ese bando. Lope García Salazar, en el libro XXI, folio 28, de su códice, llama Sayola, y dice ser contrario del preboste de Deva (se lee, **Deña**), que era Irarrazabal.

En Mendaro cita un chascarrillo de Pedro Miguel Urruzuno, que se vale de un juego de palabras, pero que el autor no hace ver con claridad en su traducción, por el doble significado que tiene en el vascuence de Mendaro y sus contornos el vocablo «arra», tanto para designar **gusano** como para designar **macho**. En vascuence, siendo **gusano** lo que él bendijo, igualmente se puede tomar por **machos**, y se vale de ese juego de palabras. P. M. Urruzuno fue uno de los mejores humoristas de la literatura vasca y una verdadera institución en el barrio de Mendaro. A la colección «Auspoa» le ha favorecido para completar hasta tres libritos de cuentos humorísticos recopilados de publicaciones euskéricas de fines del diecinueve, sin contar el interesante libro póstumo que le publicaron los mendaroarras como homenaje en 1930.

El barrio Olatz de Motrico, en sus proximidades, tiene la cueva prehistórica de Jentiletxe. De ahí es también una de las variantes de la leyenda de Tartalo, el Polifemo de la mitología vasca, según se puede ver en el tomo I de **El mundo en la mente popular vasca** de J. M. de Barandiarán.

Cuando en los capítulos correspondientes a San Esteban de Urdayaga y a Urteta alude las antigüedades históricas de Usúrbil y Zarauz respectivamente, no debemos olvidar los solares de parientes mayores de Achega y de Zarauz, gamboínos ambos. A primeros del siglo XV se libraron dos batallas en el vado de Usúrbil entre los bandos de Oñaz y de Gamboa. En la primera murió el oñacino Martín López de Murua. Los de Zarauz presumían, «Zarauz antes que Zarauz», como reza su apellido, del mismo modo que «Antes Balda que Azcoitia», quienes poblaron la colina de San Martín de Azcoitia que arriba menciono.

Además, respecto a la torre de Urdayaga existe una interesante información, que nos da idea bastante clara de lo que fue, nos facilitó G. Manso de Zúñiga en este mismo BOLETIN, XXIV (1968), páginas 31/38.

El relato sobre Upera me trae el recuerdo del padre del autor, quien dio a conocer en «Munibe», XVII (1965), un hacha de piedra del período neolítico hallada en este lugar.

Las tres obras son un aporte interesante para el conocimiento de Guipúzcoa, sobre todo para la historia y etnografía de la misma.

J. San Martín

JUAN GARMENDIA LARRAÑAGA. — **EUSKAL ESKU-LANGINTZA. — ARTESANIA VASCA. Edición bilingüe. En 2 tomos. Colección Auñamendi, núms. 79 y 80. Editorial Auñamendi. Estornés Lasa Hnos. Apartado, 2. San Sebastián, 1970.**

Entre ambos libros se recogen una veintena de formas de vida artesana del país; recogido directamente de monobrosos guipuzcoanos la mayoría y unos pocos de Navarra.

La obra está prologada por José Miguel de Barandiarán. Y en su comienzo, en breves líneas refleja claramente la importancia del tema: «Los modos de vida, las creencias y los usos colectivos que nos llegan por tradición forman el campo de estudio del etnógrafo. Son ellos un complejo instrumental al servicio del hombre, resultado de la reacción humana ante los problemas que nos

plantea la necesidad de vivir y de explicar o interpretar el sentido de nuestra propia existencia y del mundo». Y algo más adelante nos dirá: «Presenciamos, pues, el ocaso de la artesanía rural y comprobamos que es parecida la suerte que corren muchas formas de existencia que fueron básicas durante varios milenios».

El autor, Garmendia, encariñado con los trabajos de artesanía, repetidas veces se lamenta de la pérdida de estos trabajos manuales, arrollados por el progreso, como observaremos a lo largo de su obra. Es ley de vida. En el proceso de la evolución humana siempre ha ocurrido que unas formas de vida vayan desplazando a otras, y de manera cada vez más acelerada. Pues, dentro de ciertos condicionamientos, van prevaleciendo los menos costosos; es decir, los más prácticos, económicos y rentables.

Generalmente, el conjunto material y moral de cada artesano ha sabido entrelazar con imágenes anecdóticas y noticias de historia retrospectiva, o precisiones de otros tratadistas que han estudiado el sujeto u objeto de la especialidad correspondiente, sin pretender informar al lector de una manera exhaustiva. Esto hace que su lectura recobre mayor interés y amenidad.

El proceso de la elaboración de la sidra, por ejemplo, con todas las noticias de la antigüedad que nos aporta a través de sus páginas, constituye una lectura amenísima. Quizás hubiera venido bien una cita a un trabajo tan técnico como lo es el de Félix Mocoeroa en «Munibe», tomo V, 1953.

Los objetos y sus aplicaciones, siempre están minuciosamente detallados, y es de comprender que no era de la incumbencia del autor recoger una bibliografía completa sobre cada tema y aludir los tratados comparativos de los mismos. Y que yo en esta reseña haga algunas incursiones en este terreno, no quiere decir que el autor estaba obligado a citar, ni tampoco que él desconozca totalmente. Conozco a Juan Garmendia y su manera de tratar las cosas, sin sobrepasar los límites que su prudencia le dicta para no caer en la pedantería y en el aburrimiento. Tampoco yo quisiera pecar en esto, pero al reseñar la obra sí quiero aludir sobre aquellos puntos que más me han llamado la atención, para hacer constar lo que pueda interesar a otros, con esta ampliación de citas. Por ejemplo, cuando en el pueblo navarro de Zubieta compendia todo lo que considera de interés para mostrar a un artesano de recipientes de madera, hubiera encajado bien una cita, no a otros que han tocado el tema, que son muchísimos en este caso, sino tan solamente a los que han realizado un estudio general comparativo de tipos de recipientes de la artesanía popular de otros países, Krüger y Panyella, por ejemplo, con sus trabajos en «Munibe», tomo XIV, 1962, en homenaje a T. Aranzadi, que Garmendia le menciona numerosas veces como uno de los primeros y grandes maestros sobre artesanía popular.

Las recopilaciones sobre el viejo cerero, son de los más sugestivos. En ellas se relata sobre la costumbre de anunciar a las abejas la muerte del patrón, que además de Caro Baroja, dedicaron páginas R. M. de Azkue, Wilhelm Giese, Justo Gárate, etc.

La fabricación de anclas y la pesca de la ballena es otra de las narraciones atrayentes para el lector.

El herrero Ignacio Zubillaga, nacido en Oreja en 1868, que aprendió el oficio en Betelu de Navarra, donde al parecer vió la construcción de un reloj, y que en 1889 se estableció por su cuenta en Albiztur y fabricó varios relojes de

campanario, no sé si será el mismo que se refiere Manuel Laborde en su conferencia publicada, **La Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País y la Metalurgia a fines del siglo XVIII**, página 18, al decir: «Relojes para campanarios se fabricaban en Placencia, Eibar y más tarde en Albiztur». De todas formas, encontraremos antecedentes de esta artesanía relojera dentro de nuestra provincia. M. Laborde, en ob. c. p. 11, alude a los hermanos Echave que en su ferrería de Aristarrazu de Aya fabricaron algún reloj en el siglo XVIII. Y, Gregorio de Múgica, recoge otro caso de Eibar, en la **Monografía Histórica de la villa de Eibar**, página 121, al atestiguar que en 1796, José de Burgoa construía un reloj para la torre de la iglesia parroquial de San Andrés de Eibar.

Respecto al carro chillón, «gurdia», si bien T. Aranzadi, J. M. Busca Isusi, y otros muchos dedicaron sendas págnias, alguno de los tratadistas aclaró el por qué del chirrido de estos carros, además de en las bodas por concepto festivo, durante la recogida y acarreo del helecho en los meses de setiembre y octubre, que dado el tráfico en ese período por los estrechos caminos carretilos y la voluminosidad de dicha carga, preparaban premeditadamente para producir el estridente chirriar, con el objeto de advertir a otros posibles carros que circularan en dirección contraria para tratar de facilitar los cruces, localizando lugares algo espaciosos en el trayecto, donde esperaban para cruzar. Vistas las cosas en sus conceptos funcionales ya no nos parecen tan absurdas ni tan extravagantes. Y este es el caso del chirriar de los carros.

Pero como ya hemos advertido, Garmendia no trata de compendiar sobre lo ya recogido, sino, más bien, se limita a recoger lo aún existente y en trance de extinguirse en un futuro muy próximo. Toda la gracia e interés de la obra estriba precisamente en haber recogido directamente de las personas que aún mantienen sus talleres artesanos, abocados a desaparecer muy prontamente. Mañana ya sería tarde, y él ha sabido llegar a tiempo.

Todos los temas abordados trata con minuciosidad sobre todo lo que se precisaba en cada trabajo, inventariando las herramientas y útiles indispensables en la ejecución de las obras artesanas.

El texto euskérico, observamos, que se incluye de manera un tanto servil al texto castellano. No obstante, posee el valor de abordar en vascuence un tema apenas usado en su literatura.

J. S. M.

RENE BELANGER. — **Les Basques dans l'estuaire du Saint-Laurent. 1535-1635. Les Presses de l'Université du Québec. Montréal. 1971.**

La historia de los balleneros y pescadores vascos y sus bases en la costa de la bahía de San Lorenzo, escrita por el erudito investigador canadiense René Bélanger.

Son bien conocidas las relaciones de vascos y canadienses durante los siglos XVI y XVII. El vocabulario del Canadá posee palabras euskéricas, y alguna bellísima narración del folklore canadiense evoca los románticos amores de un nativo con la última princesa vasca.

Bélanger reproduce un hermoso mapa de la costa del estuario de San Lorenzo, empedrada de topónimos vascos —Balea-baya, Chasco, Echaide Portu, Buria Chumea, Barbocilho, Ulli-Cilho, Buria Andia, Opor-portu, Barachoa, Ingonish, Ile aux Basques, Baye de Biscaye, Port aux Basques...— y, asimismo, listas de

marineros de nuestra tierra vinculados a aquellos parajes —Albistur, Aramburu, Aguirre, Illarreta, Echabe, Aggorreta, Mendaro, Amezaga, Iturain, Larralde, Lizarra, Lizardi, Erauso, Irigoyen, Eguzquiza, Arrazabal, Gorozica, Iparraguirre, Zaldibia, Oyarzabal, Arias, Arretche, Ansorregui, Elzaurdy, Ibaneta, Gazteluzar...—. La lista se haría interminable.

Así como las últimas investigaciones realizadas en Venezuela han servido para desentrañar importantes misterios de la historia de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, así ahora, la historia, trabajada en Canadá mismo, de nuestras pesquerías en aquellas costas durante los siglos XVI y XVII, descubre muchos curiosos aspectos desconocidos por nosotros hasta el presente.

Allí, en la costa canadiense permanecen todavía las melancólicas ruinas de los grandes hornos construídos por los marinos vascos para fundir la grasa de ballena. Bélanger reproduce en su libro fotografías de estas ruinas.

Lope de Isasti, Joannes Etcheberri, el de Zíburu, y el clásico Axular son bien conocidos por el autor. Asimismo conoce bien los archivos de Bayona, San Juan de Luz, Biarritz, Pamplona, Sevilla, Simancas, el de la Diputación de Guipúzcoa, Otawa, París, Madrid, la colección Vargas Ponce y otros puntos clave para esta fascinante investigación.

Meritorio trabajo el realizado por Réne Bélanger. Por fin, repito, tenemos una visión de la gesta de los marinos vascos en las costas del estuario de San Lorenzo, investigada, en buena parte, en aquellos mismos parajes. Bélanger es oriundo del bajo San Lorenzo y miembro de la Sociedad Histórica de Saguenay y de la Costa Norte del Canadá. Las prensas de la Universidad de Québec han realizado un trabajo perfecto.

J. A.

ISIDORO DE FAGOAGA. — EL TEATRO POR DENTRO. La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao. 1971.

El hombre, para poder resistir, necesita de ilusiones. Este pensamiento me viene a la memoria cada vez que veo en la calle a Isidoro de Fagoaga. Porque hasta para andar por la calle es preciso saber caminar. ¿Hay alguno en San Sebastián que sepa caminar con mejor sombra que Isidoro de Fagoaga?

Paso de hombre de aliento pausado, propio del acostumbrado a pisar los más prestigiosos escenarios del mundo. Pero hace tiempo que Fagoaga se despidió de los enloquecedores aplausos de los públicos. La vida no es sino acomodación constante a nuevas situaciones. La vida concede sus propias compensaciones a quien sabe acomodarse.

Así le ocurrió a Isidoro de Fagoaga, el ilustre tenor wagneriano. Al abandonar el teatro empuñó la pluma. Desde hace muchos años es colaborador dominical del mejor periódico de Buenos Aires y autor de libros en los que es preciso admirar el amor puntilloso del detalle.

Pero para abandonar los recuerdos no hay sino encanarlos en nosotros mismos por medio de la pluma. He aquí el sentido de la última obra de Isidoro de Fagoaga: «El teatro por dentro».

Libro henchido de resignada melancolía, elaborado todo él con esos apuntes que todo hombre lleva indeleblemente escritos en el corazón.

¡Qué profunda lección aquella de la insigne María Barrientos, cuando a una

última y reservada revelación de Fagoaga joven, descaecido por una silba, le aconseja maternalmente: —«¡Déjate, déjate silbar, vasquito!»

En la vida, en efecto, hay que dejarse silbar. Se me quejaba Isidoro de Fagoaga de la portada, un poco triste, de su hermoso libro. Y le respondí: «Es que el teatro ¿no es acaso triste por dentro? Como triste es asimismo, y noble por encima de todo, la dedicatoria de la obra: «A mis queridos compañeros de farándula y con cordial predilección a los vencidos, a los que no supieron llegar».

J. A.